

## CULTURA Y ARTE EN EL

Hay algo que no cuenta para la cultura: los balances triunfalistas. Quien pretenda poner en cintura sus guarismos valorando y mezclando las gangas junto con lo substancial -lo aprovechable- pronto verá descubiertas sus manifestaciones. Pero paradójicamente es con la materia cultural con lo que más se especula. A unos les sirve para demostrar -y así lo pretenden- lo indemostrable; son los que tienen la sartén por el mango y la censura. A otros para afirmar una postura respecto a la circunstancia en que están inmersos; son casi siempre los que escriben posesía o novela, pintan o hacen teatro, aunque este último se quede en el texto inédito o en la representación única, porque el teatro es siempre conflictivo.

La cultura, ya se sabe, surge de una realidad, crea una circunstancia. Y esta circunstancia tiene lo que puede llamarse una angulación histórica, según sea la abertura de esa angulación. La cultura, por tanto, no es, como muchas veces parece ser, un valor marginal al hombre y a la sociedad (si así fuera, su proceso quedaría detenido en el tiempo, se cosificaría); no es un valor que se guarda sino una resonancia viva que se aprehende, porque la cultura es algo que acontece, no algo que se impone. La cultura impuesta no tiene autoridad; es dominante en el sentido que explica Marcuse: "la dominación es ejercida por un grupo o un individuo particular para sostenerse y afirmarse a sí mismo en una posición privilegiada". De ahí que ciertas formas de la cultura, muy en particular la música y las artes plásticas escapen -aunque todo es, claro, relativo- con más facilidad, o menos dificultad, a las imposiciones interesadas en que la cultura no ejerza su función desmitificadora. Pero la cultura necesita vía libre para su expansión, para que no quede yugulada en los alambiques que fiscalizan su eficacia sobre la sociedad. Tal fiscalización, además de una arbitrariedad es un intento de modificar la mentalidad del receptor de la cultura. "Me parece difícil -dice José Luis Cano-, en nuestro tiempo, que la cultura de un país pueda separarse de la política de ese mismo país. Si la política es una política traumatizada e incoherente, la cultura lo será también". Aunque yo haría la siguiente matización: que en la cultura condicionada o traumatizada -de ahí la

incoherencia- entra junto al valor de significación de la misma, lo que determina una proyección positiva en la vida del hombre, esa otra determinante deformadora que es el valor de consumo, en sentido peyorativo.

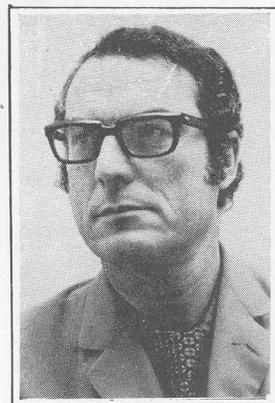
En nuestro contexto isleño y constriñendo la cultura a la parcela del arte, y condicionándolo todo a los exiguos datos de la memoria, hay que resaltar que mientras la Sociedad Filarmónica y la Escuela Luján Pérez han podido superar el hito del enfrentamiento fratricida de 1.936 a 1.939, aunque con las tribulaciones consiguientes al drama, los grupos de teatro establecidos antes de la contienda desaparecieron o, si lo superaron -es un dato a comprobar-, apenas se mantendrían unos años más. Claro que tanto la Filarmónica como la Escuela Luján Pérez tuvieron que resurgir de sus propias cenizas. La primera gracias a la iniciativa de don Miguel Benitez Inglot, quien se preocupó, en primer lugar (y de esto hablé casualmente, poco antes de su muerte, con don Luis Prieto), de crear una Orquesta, al frente de la cual, y ya en el segundo periodo, que corresponde al que se inicia después de terminar la guerra, se pone uno de los músicos más prestigiosos que han pasado por el podium de la Filarmónica: el maestro Obradors.

Entanto esto sucede con la Filarmónica, la Escuela Luján Pérez, recomponiendo la herencia dejada por su fundador, don Domingo Doreste (Fray Lesco) y la finalidad pedagógica que le imprimiera su primer profesor, don Juan Carló, empieza tímidamente a ejercer su magisterio, magisterio tan alejado, como se sabe, del rigorismo academicista. La Escuela Luján Pérez no entra, pues, por aro alguno de oficialidad. Su proceso de estabilización en esta su segunda época es realmente heróico. Lucha a brazo partido por permanecer -por no desaparecer, si precisamos mas- y busca, de un sitio para otro de la ciudad de Las Palmas, un lugar donde establecerse. (Recuerdo que por algún tiempo la Escuela se situó en uno de los locales del Estadio Insular).

Como se ve, la cultura también es un proceso de estímulos que resiste las acometidas de un medio poco propicio. Los estímulos de la Escuela Luján Pérez estaban, sobre todo, en la voluntad de superación de sus antiguos alumnos, aquellos que

# LA ESCUELA LUJAN PEREZ

## CONTEXTO INSULAR



Agustín  
Quevedo

protagonizaron la creación del llamado movimiento indigenista, que tanto ha tenido que ver con la evolución de las artes plásticas en Canarias. Gracias a ellos -a Felo Monzón, Santiago Santana, Emilio Padrón, entre otros-, la Escuela siguió adelante; gracias a ellos y a todos los que se sentían identificados con aquel espíritu libertario en la enseñanza del arte, espíritu en el que de nuevo se iban forjando artistas capaces de entender y de asimilar el arte partiendo de una experiencia pedagógica llena de sugerencias y nunca de imposiciones. Los alumnos aprenden, sobre todo, a conceptualizar su quehacer fundándose en su propio criterio estético. Se puede decir que la Escuela nunca fue manipulada por factores estéticos extraños a su espíritu, a su postura. "Yo aprendí más en las charlas y en las conversaciones sobre arte en torno a Felo Monzón, que frente al lienzo, con haber aprendido mucho en este aspecto. Aquellas me hicieron tomar conciencia real de mi vocación, de mis posibilidades y de mi postura estética que, como sabes, ha evolucionado hacia una síntesis expresivo-ideológica en la configuración de las formas. Pasar por la Escuela ha sido para mí fundamental". Esto me escribía, desde París, hace ya bastantes años, un ex-alumno de la Escuela Luján Pérez.

La Filarmónica, por su parte, se va enraizando en la vida cultural de Las Palmas. Organiza periódicamente conciertos en los que invita a destacados solistas internacionales, que casi siempre actúan en colaboración con la Orquesta. Recuerdo que los programas se dividían en una primera parte de actuación única del solista y la segunda con la Orquesta. Pero mientras la Orquesta iba adquiriendo una madurez digna de resaltarse, la voluntad de la Filarmónica de crearse unos coros permanentes -que debían ser, dadas las circunstancias, "amateurs"- nocuajó en la medida del deseo de uno de sus mejores presidentes: don José Mesa y López. Se lograron, sí, formaciones corales magníficas, con las mejores voces de la isla -destacaba, naturalmente, la de Isabel Macario-, pero al cabo de algún tiempo se disolvían. Sin embargo, otra iniciativa sí cuajó: la de la creación de la Academia de Música de la que salieron destacados instrumentistas, y dentro de la cual, en el periodo del

maestro Rodó, se constituyó la inolvidable Orquesta Chica de la Filarmónica.

Todo lo expuesto se queda, inevitablemente, en un esbozo, que además es inconexo; en un intento que se frustra por la falta de ahondamiento y de rigor. Comprendo, sí, que es un intento demasiado ingenuo de establecer unas coordenadas tomando a la Filarmónica y a la Escuela Luján Pérez, de la actividad cultural de Las Palmas en esas fechas entre los años cuarenta y tantos hasta la década, de los cincuenta; no lo puedo precisar, y la memoria engaña. Tendría que hacer, para no caer en inexactitudes, un análisis del contexto en el que esta actividad tiene lugar, se desarrolla y cuáles fueron realmente los objetivos cubiertos. El balance, acaso, no pasaría de una influencia, muy localizada, ejercida en algunos sectores de la sociedad grancanaria. Piénsese, para que sirva de ejemplo, que a la Escuela de Luján Pérez sólo asistían unos cuantos alumnos; dato expresivo del raquitismo cultural en que nos encontrábamos los que íbamos al Museo Canario a leer algunos libros -y no los que quisiéramos-; los que asistíamos a algunos conciertos en el Pérez Galdós, que no se llenaban, salvo excepciones, con los que daba la Filarmónica; y los que de cuando en cuando nos dábamos una vuelta por la Escuela Luján Pérez para escuchar a Felo Monzón hablar de arte de vanguardia.

Cuando todo esto se estudie en profundidad y con rigor histórico, y cuando se establezcan los parámetros definitivos de esa época crítica, entonces es cuando tendremos la visión real y sin olvidos de lo acontecido en tales circunstancias con la cultura como "animal de fondo".